RECTIFICACIONES

A

LAS MEMORIAS

DE

MEDICO ORDINARIO

DEL EMPERADOR

MAXIMILIANO,

POR

Milarion Frias y Soto.

ex so

México, Marzo de 1871.

Sr. Dr. D. Manuel Peredo.

Amigo muy querido:

Al rectificar la obra del Dr. Basch, de ninguna manera intento ocuparme de la elegante traducción de V., tanto por ser invulnerable ese magnifico trabajo, cuanto porque seria una vana pretension de mi parte tratar de corregir á V. que es uno de nuestros escritores mas correctos.

Mi censura solo afecta á la parte histórica del opúsculo del médico aleman, porque el celo patrio me obliga á no dejar pasar desapercibido tanto error vertido acerca de nuestras cosas y tanta mala apreciación hecha sobre nuestros hombres.

Es el único mérito que acaso tendrá mi pequeño escrito; sin embargo, lo dedico á V., protestándole que su insuficiencia tiene el valor de estar dictado por el sincero afecto que profeso á V. y la alta estimación á su distinguido talento. Acepte V. esta demostración de su verdadero amigo

Hilarion Frias y Soto.

EME aquí de nuevo obligado á seguir á otro extrangero que, con pretensiones de escribir la historia de la caida de Maximiliano, se ha internado en ese camino de injurias y calumnias contra México, contra ese país tan pródigo en su hospitalidad, y que solo ha recibido diatribas en pago de los tesoros que ha vertido lo mismo en las manos del colono que en la bolsa del aventurero.

Y cuando ha cesado el entusiasmo por lo que afecta al emperador, cuando solo se editan estas obras por completar el cuadro histórico de aquel gran suceso, la tarea de ir rectificando las falsas apreciaciones y los errores de los cronistas europeos, es bien ingrata y fatigante.

Pero en esa tarea me alienta el amor á mi México, á esa patria que ha sido la querida de mi corazon, por la cual condenaria á todo Clodio que intentara lanzar una sospecha sobre la alma matrona.

Sin perspectiva ni esperanza de obtener lauro alguno por tan estéril trabajo, coloco mi cartel espurgatorio en el monumento fúnebre que la historia ha levantado á la memoria del infortunado príncipe, porque así creo haber prestado un servicio á mi país rectificando la crónica de aquella época tan notable por sus combates, sus victorias y sus cadalsos, y porque allí encontrarán un recuerdo de gloria nuestros hijos, y una leccion los pueblos.

Esta intencion que me anima, disculpa, y mucho, las faltas en que incurra. Cometeré errores sin duda, pero serán de esos errores de corazon que encuentran su proceso en la pasion que se exhala siempre en torno de ese inmenso deliquio que se llama ¡Patria!

T

Samuel Basch inaugura su obra contándonos que en Noviembre de 1866 comenzó á desempeñar el cargo de médico de cámara en la corte imperial de México, puesto al cual fué elevado por el influjo del médico ordinario de Maximiliano, Dr. Semeleder. Antes de llegar á tan alto rango no habia sido mas que cirujano de ejército.

Yo tendria una biografía muy curiosa que publicar acerca del Dr. Basch, sino abrigara la conviccion de que muy poco importan á la época histórica de aquel gran cataclismo esas mezquinas personalidades que han pretendido llegar á la posteridad adhiriendo su pequeño nombre á aquel ruidoso suceso; pero la oruga tambien se adhiere al tronco añoso del árbol y no por eso supervive como este resistiendo los vientos de los siglos.

El zapatero de Efeso incendió el templo de Diana 356 años antes de Jesucristo y aun se repite su nombre; pero Eróstrato al menos quemó con sus manos aquella maravilla, mientras que otros pretenden inmortalizarse solo por haber visto el incendio.

Yo que no quiero cooperar á esta pretension me desatiendo del médico de cámara para ocuparme tan solo de su libro: acaso en el trascurso de él me veré coactado á tocar al Dr. Samuel, y tendré que compulsar lo que era como médico, y lo que fué como servidor del archiduque; pero no invadiré su vida íntima, limitándome á juzgar al hombre público.

Seguiré adelante.

Basch nos cuenta que entró á desempeñar sus nuevas funciones en Chapultepec, adonde residia la corte, y que allí comprendió que necesitaba sondear el terreno político en que nuevamente se encontraba, al verse rodeado de personas que no conocia, y de las cuales solo fué recibido con frialdad y desconfianza.

Esto no debió admirar el doctor pues es la eterna historia de todas las cortes del mundo, y nada tienen de nuevo esos celos entre los parásitos de los tronos.

Pero solo dos personages merecieron al Dr. Basch su alta atencion: el consejero de Estado Herzfeld, y el célebre padre Fischer. El primero no nos dejó ningun recuerdo, mas la biografía del segundo es realmente edificante, y bien conocida en México, gracias á los escritos de los mismos extrangeros que se han ocupado de las cosas y personas del último imperio.

Mas al fin el Dr. Samuel se encuentra en su elemento, y parte para Cuernavaca acompañando al infortunado príncipe, el cual desde allí le demostró que habia depositado en él toda su confianza: así lo dice textualmente el narrador.

El lector habrá visto en el curso de los Recuerdos de Mézico, que el autor de esta obra sin cesar llama la atencion sobre la confianza que le dispensaba el archiduque, retratándose á sí mismo como el hombre indispensable y el depositario de sus secretos y de las espansiones de la alma imperial.

Esa pretension no es nueva: muchos de los que han precedido al médico ordinario en la tarea de cronistas del imperio, han voceado con empeño que poseyeron la confianza de Maximiliano. La princesa de Salm Salm y su digno esposo, se pavonean con la intimidad del emperador.

Los ministros que se presentaron en Querétaro durante el terrible proceso, ó algunos de ellos, al menos, al dar cuenta á sus respectivos gobiernos de aquel suceso, hablaban de los secretos que les confió el héroe coronado durante aquellas horas de agonía.

No pongo en duda la afirmacion, pero me admira que los depositarios de los misterios de aquel noble rey no hayan sabido siquiera juzgar bajo su verdadera luz los hechos que cuentan. La vulgaridad de sus escritos es la mejor respuesta á su pueril jactancia.

El Dr. Basch no podia faltar en aquella exhibicion, así es que á su vez lo vemos editando, como se dice hoy gracias á un perfecto galicismo, su humilde persona en la historia de Maximiliano, pretendiendo así, ademas del lucro que produjera la edicion, alcanzar el lucro de la inmorialidad colocando su diminuta mole junto á aquella gigantesca figura, como satélite de un sol de gloria.

Tambien la oruga se implanta en el tronco del roble sin lograr por eso pasar á traves de las edades resistiendo los vientos de los siglos.

Sea lo que fuere, ya tenemos en la escena al pequeño Doctor, el cual desde este momento se lanza á disertar sobre alta política con una ligereza que asombra, pues tal parece que sus apreciaciones nacen, no de la antesala donde discuten la cosa pública el capellan del rey, el director de museo y el ministro de la casa imperial, sino de la cocina del palacio adonde entretienen sus ocios los marmitones y lacayos hablando de asuntos políticos.

Así es que para anotar la obra del médico ordinario era preciso rehacer la historia que cuenta y levantarla sobre esa vulgaridad con que él rebaja la suya.